

Homilía Universidad de Mayores

Podemos decir sin ánimo de centrarnos demasiado en nosotros mismos, que hoy celebramos nuestra fiesta. Estamos en un marco más amplio, el de la Universidad. Pero, lo nuestro, la Universidad de Mayores tiene para nosotros una connotación especial. Y en este día, queremos detenernos un poco, en eso que significa para nosotros pertenecer, haber pasado, estar en la universidad de mayores. Y además a la luz del Evangelio.

Siempre la palabra de Dios trata de darnos luz sobre eso en lo que consiste nuestra existencia, nuestra vida. Por eso siempre puede enriquecer eso que ya celebramos desde esta mañana al encontrarnos. Y siguiendo lo que hemos escuchado de la palabra de Dios, la primera lectura que nos ha leído Aída, el Salmo y el Evangelio, podemos fijarnos en dos claves que nos pueden animar en este nuestro encuentro de hoy.

La primera tiene que ver con la gran palabra de la primera lectura: sabiduría. Y la segunda con la otra gran palabra, la del amor. Es cierto que estas dos palabras las podemos encontrar en muchos lugares y en muchos momentos de nuestra vida. Pero quizás de una manera especial las encontramos en nuestras clases, en nuestras relaciones aquí en la universidad de mayores.

La sabiduría es una metáfora de Dios. Para hablar de Dios decimos que es la sabiduría. Y quizás nosotros también para entendernos a nosotros mismos, tenemos que entendernos desde aquello que queremos comprender, que queremos conocer, que queremos saber. Si estamos en la universidad de mayores es para acercarnos a la verdad. Esa verdad que nos viene a través de la formación, a través de la reflexión, a través de la información. A lo largo de los años en los que habéis ido pasando por los distintos cursos. A lo largo de éstos cursos de este mismo año, nos vamos acercando más a esa sabiduría, a esa verdad. Y de alguna manera, cuando preparaba estas palabras, vino a mi memoria una novela de Stefan Zweig “el mundo de ayer” donde él, con nostalgia, mira ese pasado que se va difuminando, disolviendo, y un presente amenazante y un futuro todavía más sombrío. Tanto es así, que él terminó sus días suicidándose, adentrándose en el mar, allí en Brasil.

El mundo de ayer. Nuestra formación, nuestra búsqueda de sabiduría de verdad, no es sólo para avivar un pasado, sino es también para ponernos al día. Lo que llamamos de otra manera, nuestra formación permanente. Pues Dios nos quiere allí. Poniéndonos al día. También

con nuestra formación permanente, para que a El le conozcamos mejor a través de la humanidad.

A través del mundo. A través del saber. Por eso podemos dar gracias por todo lo que hemos recibido aquí en estos años, pero también podemos estar animados a seguir buscando y recibiendo con nuevas iniciativas, con nuevas temáticas, con nuevos viajes para acrecentar esa sabiduría que en la medida que sea cada vez más profundamente humana también será por eso más divina, nos acercará a Dios.

Y la otra clave es, la clave del amor. Cuando Jesús mira a sus discípulos, los mira con amor. Cuando Jesús los habla, los habla con amor.

Decía San Juan de la Cruz que el amor “ni cansa, ni se cansa”. Y así debería ser también entre nosotros. No meramente estamos aquí para aprender esa sabiduría. Sino que estamos también para hacernos mejores personas, para hacernos mejores creyentes, para devolver al mundo algo de lo que también nos ha dado para transformarlo y hacerlo más habitable, más amable. En un entorno en el que permanecemos casi continuamente crispados, en el que al rededor nuestro hay incertidumbre, inestabilidad. En lo pequeño, muchas veces en nuestros entornos familiares y en lo más amplio como es nuestra ciudadanía, no sólo a nivel de nuestra ciudad sino a nivel más internacional. Necesitamos poner, sembrar, una palabra de amor, de confianza, de fidelidad. Algo que, en la universidad de mayores, se da, sin tener que realizar ningún curso para ello. Se va realizando con esa suavidad de las conversaciones entre nosotros, de los encuentros ocasionales, de las iniciativas tan propias como nuestro coro, tan propias como nuestras comidas, nuestros viajes. En ellos queremos hacernos entre nosotros, no solamente amigos y amigas, sino también mejores amigos y amigas de Dios, que siempre tiene esa mirada tierna sobre esta realidad dura, difícil, pero en la que quiere imprimir ese sello de esperanza. Por eso, hoy también de alguna manera, celebrar nuestra fiesta, es celebrar nuestra fidelidad y nuestro compromiso. Fidelidad a todos estos años, compromiso de seguir dejando lo mejor de nosotros mismos. Y eso lo podemos hacer también, con la ayuda, con la Gracia, decimos, de Dios. El cómo sus discípulos, también a nosotros se nos quiere acercar y no asustarnos. Se nos quiere acercar revelándose a cada uno de nosotros.

Que a lo largo de este año mirando atrás y también mirando adelante, le sepamos mejor descubrir en nuestras conversaciones, con nuestros profesores, y por qué no también con nuestras experiencias más allá del campus de Comillas. Que todo esto sea para mayor gloria de Dios.